

Rosalía de Castro

## A la luna

**Poema original:**

1

¡Con qué pura y serena transparencia  
brilla esta noche la luna!  
A imagen de la cándida inocencia,  
no tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura  
como lluvia de oro cae  
sobre las largas cintas de verdura  
que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina  
con melancólica lumbre,  
y las corrientes de agua cristalina  
que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,  
el mar de espuma cubierto  
donde nacen las ondas plañideras,  
el blanco arenal desierto,

la iglesia, el campanario, el viejo muro,  
la ría en su curso varia,  
todo lo ves desde tu cenit puro,  
casta virgen solitaria.

2

Todo lo ves, y todos los mortales,  
cuantos en el mundo habitan,  
en busca del alivio de sus males,  
tu blanca luz solicitan.

Unos para consuelo de dolores,  
otros tras de ensueños de oro

que con vagos y tibios resplandores  
vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo  
esas venturas robadas  
que huyen del sol, acusador testigo,  
pero no de tus miradas.

3

Y yo, celosa como me dio el cielo  
y mi destino inconstante,  
correr quisiera un misterioso velo  
sobre tu casto semblante.

Y piensa mi exaltada fantasía  
que sólo yo te contemplo,  
y como que es hermosa en demasía  
te doy mi patria por templo.

Pues digo con orgullo que en la esfera  
jamás brilló luz alguna  
que en su claro fulgor se pareciera  
a nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana  
esta que llena mi mente!  
De altísimas regiones soberana  
nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino  
siempre impasible y serena,  
dejándome sujeta a mi destino  
como el preso a su cadena.

Y a alumbrar vas un suelo más dichoso  
que nuestro encantado suelo,  
aunque no más fecundo y más hermoso,  
pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios cual mi patria otra tan bella  
en luz, perfume y frescura,  
sólo que le dio en cambio mala estrella,  
dote de toda hermosura.

4

Dígame, pues, adiós, tú, cuanto amada,  
indiferente y esquiva;  
¿qué eres al fin, ¡oh, hermosa!, comparada  
al que es llama ardiente y viva?

Adiós... adiós, y quiera la fortuna,  
descolorida doncella,  
que tierra tan feliz no halles ninguna  
como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo  
de nuevo a nuestras regiones,  
en donde un tiempo el celta vigoroso  
te envió sus oraciones,

en vez de lutos como un tiempo, veas  
la abundancia en sus hogares,  
y que en ciudades, villas y en aldeas  
han vuelto los ausentes a sus lares.